

que, y que de fijo han de ser más del número de los lectores.

Iba el Siervo de Dios á predicar á un pueblo muy distante de Olot, cuando al llegar á cierta parage, salieron al encuentro tres hombres de aspecto feroz, que le gritaron: "Alto, Padre capellán; prepárese Ud. que nos matan."

No se inmutó el bendito Misionero al verse irrepensadamente en manos de asesinos; antes con ánimo sereno y blanda voz les dijo: "Voy á predicar un sermón al pueblo de... donde se celebra la fiesta mayor. Todo está prevenido, y me están aguardando á una hora. Dejádme, pues, en libertad, que después de haber predicado mi sermón volveré aquí mismo preparado para morir."

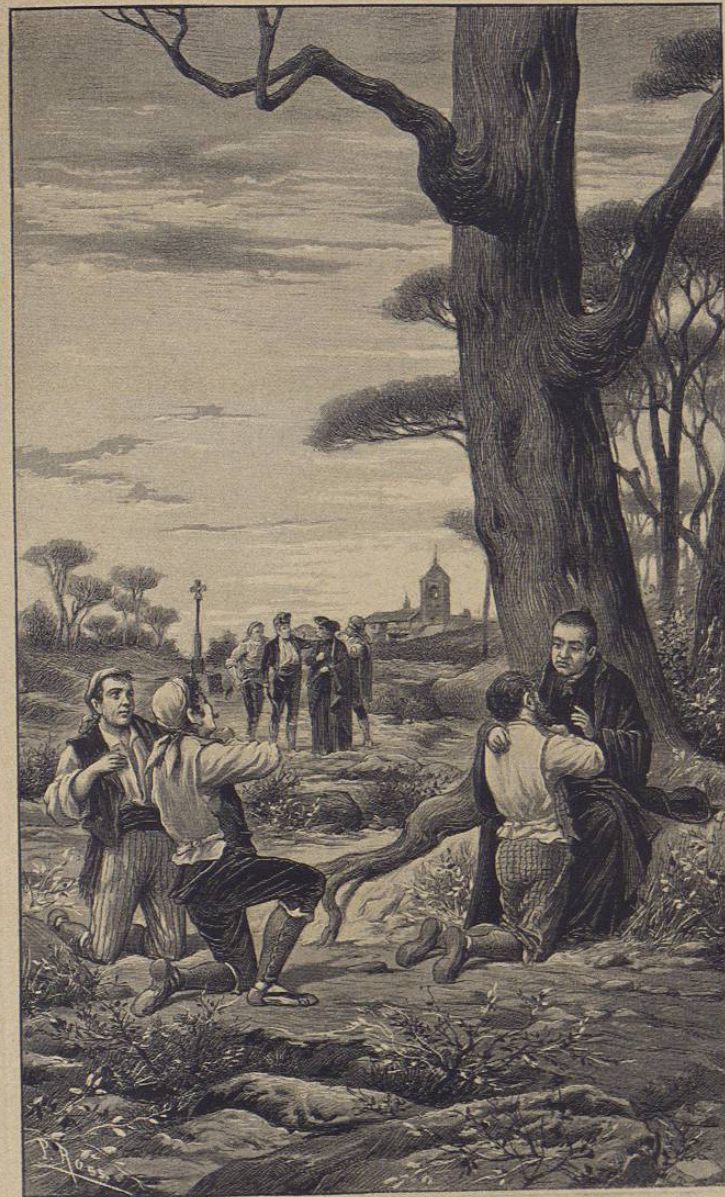
Después de haber estado un rato en estas tertulias, que tanta ganancia de almas produjeron en el alma, se volvió en persuadir á los asesinos que se abstuvieran de la ejecución del crimen, á saber: que iban al principio por temor de ser descubiertos, y al fin, asegurados por el P. Claret que á nadie habrían de lo ocurrido, como vieron tanta sinceridad y sencillez en sus palabras, le creyeron y luego le soltaron, pero á condición de que cumpliera la promesa de volver después al mismo lugar.

Valor heroico era menester para cumplir tan escabrosa condición; pero el P. Claret, que nada anhelaba tanto como derramar su sangre por Jesucristo en cumplimiento de su sagrado ministerio, no dudó un momento en ponerla por obra. Predicó, se confesó, y al día siguiente, como en Dios nuestro Señor nos encarta los corazones de aquellos hombres desalmados y se animó á dar la vida por ellos, volvió al lugar donde le habían detenido y se paró un poco; pero como no vio á nadie, echó á andar para volverse; pero luego salieron los tres hombres, que se hallaban escondidos, y le detuvieron de nuevo.

— Ya estoy, amigos míos, — les dijo el P. Claret — á vuestra disposición, preparado para morir; déjenme las gracias por haberme concedido el favor que os pido.

— A la verdad, — respondieron ellos, — que habíamos pensado asesinarle; pero su modesta vida ha desarmado nuestra cólera y hemos mudado de parecer, queriendo confesarnos aquí mismo y dejar la vida por el tiempo que nos llevamos.

Confesáronse, en efecto, y luego entonces llevaron una vida edificante y virtuosa hasta su muerte.



J. Thomas y C.^a — Barcelona

Yendo el Siervo de Dios á predicar á un pueblo le salen al encuentro tres ladrones y los convierte.

El ingenioso autor de las Memorias, después de referir este hecho tan extraordinario, cuenta así el modo como llegó á su noticia y las diligencias que hizo para averiguar la verdad de él: "Este rarísimo suceso se me había referido siendo yo estudiante, al cual no di crédito ni dejé de darlo, quedándome con la duda. Después de fallecido el Siervo de Dios me lo contó el ilustrado y celoso presbítero D. Juan Guitart, caballero del Santo Sepulcro, de nación español, pero residente en Perpignan, explicándome las fuentes de donde lo sacó, que por cierto eran purísimas. Mas habiéndoseme dicho que algunos individuos de sano criterio lo ponían en tela de juicio y no acababan de creerlo por parecerles algo inverosímil, quise oír el parecer de uno de los familiares que más estuvo con el Siervo de Dios y que más estrechas relaciones había tenido con él en los veinte últimos años de su vida, el presbítero D. Paladio Currius, y me respondió que el mismo señor arzobispo Claret se lo había referido (1)."

Dando Misión el P. Claret en la villa de Alforja, obispado y provincia de Tarragona, hizo una conversión extraordinaria que metió mucho ruido en la población y fué luego causa de muchas otras. Vivía en ella un propietario, por nombre don Miguel Ribas, acérrimo propagandista de errores contra la fe y la sana moral. Había sido en otro tiempo muy buen cristiano y de conducta ejemplar, de tal suerte que no se pasaba año sin hacer algunos días de ejercicios, para provecho de su alma, en Escornalbou, célebre convento de Padres Franciscanos, en donde residía un cuñado suyo religioso. Era de imaginación muy exaltada, y sus tendencias pseudo-místicas le indujeron en gravísimos errores. Tan pronto como aquellos buenos frailes observaron en el ejercitante algunos peligrosos síntomas de trastorno moral, se esforzaron en traerle al buen camino con algunas instrucciones y avisos que le dieran á entender la verdadera doctrina y le sirvieran de preservativo contra la mística heterodoxa, en la que estaba expuesto á caer; mas el hombre tomó tan al revés la doctrina, que sólo sirvió para afianzarse más en su propio juicio y no dar crédito á sacerdote alguno.

Llena la cabeza de ilusiones se presentó con ínfulas de re-

(1) Memorias inéditas del Rdo. P. Claret.

formador, y sin más comenzó á sembrar entre los fieles la cizaña de su nueva doctrina. Fingía tener largas oraciones, y que en ellas comunicaba familiarmente con Dios y con los habitantes del cielo, del purgatorio y del infierno. El hombre, según él, debía guiarse únicamente por la divina inspiración comunicada allá en lo escondido del alma por el soplo del Espíritu Santo, y así, como dogma principal de su nuevo credo, rechazaba toda humana obediencia. Nadie, á su entender, debía obedecer al hombre, ni el criado á su amo, ni el hijo á su padre, ni la mujer á su marido. Rotos los vínculos de toda humana sociedad debía el cristiano estrechar más y más su unión con el Criador para merecer de Él las sobrenaturales ilustraciones que le encaminaran en el sendero de la vida, para lo cual decía ser necesaria la comunión cotidiana, pero tomada, no en ayunas, como prescribe la Iglesia, sino después de haber tomado alimento, como lo hicieron Jesucristo y sus Apóstoles.

Semejantes á estos dislates, fué el hombre propalando otros cada vez mayores; y como era rico y aparentaba practicar con estrechez las virtudes evangélicas, tuvo en el pueblo muchos secuaces, los cuales no tardaron en superar á su maestro en malicia y atrevimiento, no sin grave daño de la fe y de las buenas costumbres.

Cuando el Siervo de Dios dió en el pueblo la Misión, el herejarca D. Miguel fué á oírle por curiosidad; pero el Señor, que quería usar con él de misericordia, le tocó el corazón con su divina gracia, y tan de veras que el buen hombre resolvió mudar de vida y reparar en lo posible sus escándalos. Para esto hizo retractación de todos sus errores con escritura pública hecha en presencia del párroco y de once testigos escogidos de lo mejor y más honrado de la villa. Su conversión fué muy sincera, como lo demostró el buen ejemplo que en adelante dió á los mismos á quienes había escandalizado, con lo que logró que varios de ellos le imitaran en la penitencia, como le habían imitado en el pecado (1).

(1) He aquí una copia de la escritura de retractación del Sr. Ribas: "En la casa vicaría de la villa de Alforja, á los 20 de Febrero de 1847, y ante el reverendo D. Antonio Sabater, Vicario perpetuo, y D. Antonio Claret, Misionero apostólico, que daba Misión en dicha villa, y de mí, el escribano, y de los testigos infrascritos, pareció en persona el Sr. D. Miguel Ribas y Llaveria, hacendado de la propia villa, y dijo: Que convencido de las razones alegadas por el sobredicho

Tales fueron, en compendio, algunas de las cosas maravillosas con que el Señor autorizó la palabra de su enviado, haciéndola producir copiosos frutos de penitencia y santidad. Otras muchas parecidas hemos oído referir á personas respetables, que nos merecen entero crédito por su ilustración y reconocida piedad; mas no constando, como las anteriores, en documentos escritos é irrefragables, nos abstenemos de contarlas por no hacernos eco de rumores que pudieran creerse infundados, tanto más cuanto que no es necesario acudir á vanas conjeturas ni á caprichosas leyendas para presentar al P. Claret con el prestigio que dan á los santos los milagros, ni ganaría gran cosa el nombre del Siervo de Dios con añadir á su vida mayor número de hechos más ó menos maravillosos; antes perdería no poco mezclando lo dudoso con lo cierto, y lo que parece forjado en la imaginación popular, tan propensa á la leyenda, con lo que acredita la historia ayudada de la más severa y escrupulosa crítica.

Algunos otros hechos no menos portentosos veremos en los años que de la heroica vida del fervoroso Apóstol de este

D. Antonio Claret; conociendo que cuanto había pensado, dicho y hecho acerca de la Religión y dogma católico contenía errores, pasa por la misma razón á retractarse con toda la formalidad de derecho, y declara que desea vivir y morir en el gremio de la Iglesia católica, y que no solamente se retracta de sus errores, sino que también se arrepiente del mal ejemplo y del escándalo que ha causado á algunas almas incautas, y que procurará, como promete, con el buen ejemplo atraer al gremio de la Iglesia á los desviados, y al propio tiempo se somete de nuevo á las disposiciones del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Tarragona; pues que si hasta el presente no le había obedecido, de aquí en adelante promete obedecerle como hijo de la Iglesia católica y discípulo de Jesucristo, que fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Para firmeza de lo referido hipoteca todos sus bienes habidos y por haber, renunciando á cualquier ley y derecho en su favor en la que se prohíbe la general renunciación. Y jura por Dios nuestro Señor guardar y cumplir lo contenido en esta escritura, que fué hecha en la fecha, casa y villa arriba expresadas, siendo testigos el Rdo. D. José Miravall, ecónomo de la villa de Aleixard, el Rdo. D. Manuel Vilaró, presbítero; D. Francisco Jori, alcalde constitucional; D. Domingo Mariné, hacendado; D. Sebastián Aymami, secretario del magnífico Ayuntamiento; D. José Raull, D. José Besora, D. Francisco Vidal, D. Juan Boronat, hacendados, éste de las Borjas del Campo y los demás de la presente villa. Y el otorgante, con los Rdos. Sabater, Claret y testigos lo firmaron de su propia mano, de que y de su conocimiento el infrascrito escribano doy fe.—Miguel Ribas.—Antonio Sabater, presbítero.—Francisco Jori.—Domingo Mariné.—Sebastián Aymami.—José Raull.—José Besora.—Francisco Vidal.—Juan Boronat.—Ante mí: Francisco Estibilla, escribano.—Concuerda con el que queda en mi registro, y requerido lo firmo y signo bajo este sello, cuarto en Alforja, en donde resido, y día de su otorgación.—Lugar y del sello.—Francisco Estibilla..

siglo nos quedan aún por recorrer; pero basta ya lo dicho para que el lector se forme alguna idea de la elevada misión que confió al P. Claret la divina Providencia, y de los felices resultados que podían esperarse si su benéfica obra se perpetuaba con la fundación de alguna Orden religiosa.



CAPÍTULO XI

DE LAS OBRAS QUE PUBLICÓ Y DE LAS INSTITUCIONES QUE FUNDÓ Y AFIANZÓ EN ESTE TIEMPO

1. Escritos del P. Claret. — Advertencia general á todos ellos. — Opúsculos y hojas volantes. — *Camino recto*: extraordinaria aceptación que tuvo y fruto que ha hecho. — *Catecismo explicado con láminas*: su excelencia y ediciones que de él se han hecho. — Actividad asombrosa que prueban sus escritos. — 2. Fundación de la Librería Religiosa. — Cómo nació en el Siervo de Dios semejante proyecto. — Sus orígenes. — Cómo quedó organizada. — El Dr. Caixal y el P. Claret. — Importancia que tuvo en su tiempo la Librería Religiosa, y bienes que por su medio se consiguieron. — Defensa de sus colaboradores contra los que los acusaron de corruptores del lenguaje. — Ingratitud de los impresores con el Siervo de Dios. — Pío IX le felicita por la fundación de la Librería Religiosa. — 3. Fundación de la Sociedad contra la blasfemia. — Las Hijas del Corazón de María ó las *Religiosas en sus casas*. — Fin de esta institución. — Organización de la misma. — Correspondencia interesante sobre ella con el Dr. Caixal. — Origen del regalado título de Hijos ó Hijas del Corazón de María. — Cómo el Señor lo inspiró primeramente al P. Claret. — Influencia que ejerció el P. Claret en la fundación de las *Hijas del Santísimo é Inmaculado Corazón de María*, del Sr. Masmitja. — Noticias importantes sobre esta fundación. — 4. Cómo cooperó al incremento de otras Sociedades. — La Virgen le escoge por apóstol del santo Rosario. — Cómo propagó con todas sus fuerzas la Archicofradía del Corazón de María, y de la obrita que sobre ella escribió.

1. Difícilmente se hallará en la historia eclesiástica, aunque hagamos entrar en ella á los santos, quien en medio de los continuos trabajos del ministerio apostólico haya publicado tantas obras de propaganda católica y recogido con ella tan abundantes frutos como nuestro amado Fundador. No diré que el P. Claret sea modelo de escritores por lo que atañe al lenguaje y por algunas pequeñas imperfecciones de estilo; mas aun así, es tal la riqueza de su doctrina, resplandece tal prudencia y discreción en la elección de los asuntos y de las razones en que los apoya, tuvo tal acierto en basarse en los autores más sólidos en todos los ramos del humano saber, y supo amenizar y dar originalidad á sus obras con tal copia de compa-